

LA SAETA

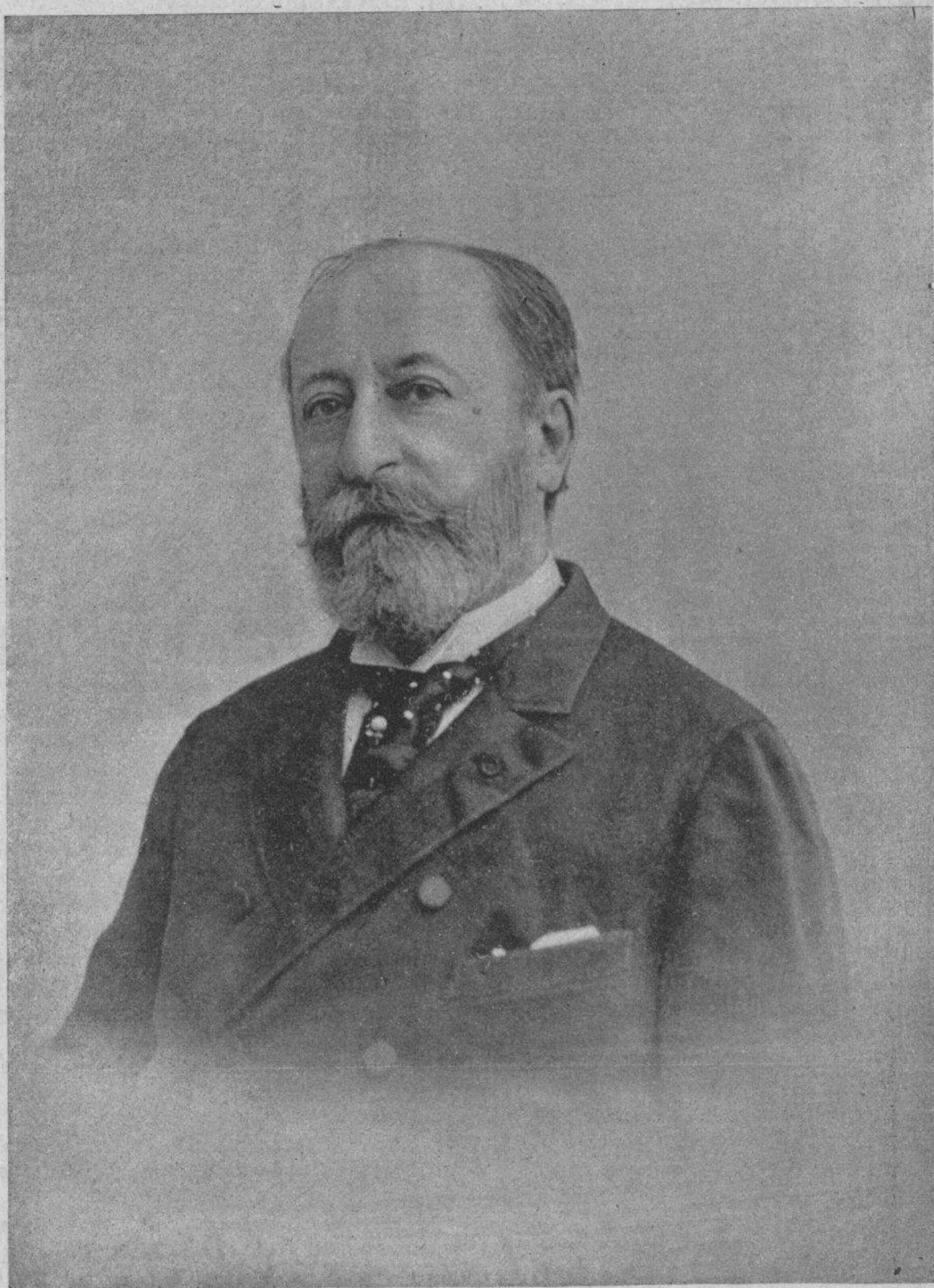
SEMANARIO ILUSTRADO

Año VII

Barcelona 31 de Diciembre de 1896

Núm. 319

LOS GRANDES MAESTROS



Saint Saëns

Escenas matritenses

El retrato

«Quien no me creyere que tal sea de él,
Al menos me deben la tinta y papel.»
Bartolomé Torres Naharro.

Por los años 1789 visitaba yo en Madrid una casa en la calle Ancha de San Bernardo, el dueño de ella, hombre opulento y que ejercía un gran destino, tenía una esposa joven, linda, amable y petimetra; con estos elementos, con coche y buena mesa, puede considerarse que no les faltarían muchos apasionados. Con efecto, era así, y su tertulia se citaba como una de las más brillantes de la Corte. Yo, que entonces era un pisaverde (como si dijéramos un *lechuguino* del día), me encontraba muy bien en esta agradable sociedad; hacía á veces la partida de mediator á la madre de la señora, decidía sobre el peinado y vestido de ésta, acompañaba al paseo al esposo, disponía las meriendas y partidas de campo, y no una vez sola llegué á animar la tertulia con unas picantes seguidillas á la guitarra, ó bailando un bolero que no había más que ver. Si hubiese sido ahora, hubiera hablado alto, hablado de mala gana, ó sentándome en el sofá, tararearía un ária italiana, cogería el abanico de las señoras, haría gestos á las madres y gestos á las hijas, pasearía la sala con sombrero en mano y de bracero con otro camarada, y, en fin, me daría tono á la usanza... pero entonces... entonces me lo daba con mi mediator y mi bolero.

Un día, entre otros, me hallé al levantarme con una esquila, en que se me invitaba á no faltar aquella noche, y averiguado el caso, supe que era día de doble función, por celebrarse en él la colocación en la sala del retrato del amo de la casa. Hallé justo el motivo, acudí puntual, y me encontré al amigo colgado en efigie en el testero con su gran marco de relumbrón. No hay que decir que hube de mirarle al trasluz, de frente y costado, cotejarle con el original, arquear las cejas, sonreirme después, y encontrarle admirablemente parecido, y no era la verdad, porque no tenía de ello sino el uniforme y los vuelos de encaje. Repitióse esta escena con todos los que entraron, hasta que ya llena la sala de gentes, pudo servirse el refresco (costumbre harto saludable y descuidada en estos tiempos), y de allí á poco sonó el violín, y salieron á lucir las parejas, alternando toda la noche los *minuets* con sendos versos que algunos poetas *de tocador* improvisaron al retrato.

Algunos años después volví á Madrid y pasé á la casa de mi antigua tertulia; pero ¡oh Dios! ¡*quantum mutatus ab illo!* ¡qué trastorno! El marido había muerto hacía un año, y su joven viuda se hallaba en aquella época del duelo en que, si bien no es licito reirse francamente del difunto, también el llorarle puede chocar con las costumbres. Sin embargo, al verme, sea por afinidad, ó sea por cubrir el expediente, hubo que hacer algún *puchero*, y esto se renovó cuando notó la sensación que en mí produjo la vista del retrato, que pendía aún sobre el sofá. — «¿Le mira usted? (esclamó): «¡Ay pobrecito mío!» — Y prorrumpió en un fuerte sonido de nariz, pero tuvo la precaución de quedarse con el pañuelo en el rostro, á guisa del que llora.

Desde luego, un don *No-sé-quién*, que se hallaba sentado en el sofá con cierto aire de confianza, saltó y dijo: — «Está visto, doña Paquita, que hasta que V. no haga apartar este retrato de aquí, no tendrá un instante tranquilo»; — y esto lo acompañó con una entrada de moral que había yo leído aquella mañana en el *Corresponsal del Censor*. Contestó la viuda, replicó el argumentante, terciaron otros, aplaudimos todos, y por sentencia sin apelación se dispuso que la menguada efigie sería trasladada á otra sala no tan cotidiana; volví á la tarde, y la ví ya colocada en una pieza interior, entre dos mapas de América y Asia.

En estas y las otras, la viuda, que sin duda había leído á Regnard y tendría presentes aquellos versos, que traducidos en nuestro romance español podrían decir:

Mas ¿de qué vale un retrato
Cuando hay amor verdadero?
¡Ah! sólo un esposo vivo
Puede consolar del muerto (1).

hubo de tomar este partido, y á dos por tres me hallé una mañana sorprendido con la nueva de su feliz enlace con el *don Tal*, por más señas. Las nubes desaparecieron, los

(1) *Mais qu'est ce qu'un portrait quand on aime bien fort?
C'est un mari vivant qui console d'un mort.*

semblantes se reanimaron, y volvieron á sonar en aquella sala los festivos instrumentos. ¡Cosas del mundo!

Poco después la señora, que se sintió embarazada, hubo de *embarazarse* también de traer en casa al niño que había quedado de mi amigo, por lo que se acordó en consejo de familia ponerle en el Seminario de Nobles; y no hubo más, sino que á dos por tres hicieron su hatillo, y dieron con él en la puerta de San Bernardino: dispúsosele su cuarto, y el retrato de su padre salió á ocupar el centro de él. La guerra vino después á llamar al joven al campo de honor; corrió á alistarse en las banderas patrias, y vueltos á la casa

A. CASANOVA



Confidencias?...

paterna sus muebles, fué entre ellos el malparado retrato, á quién los colegas, en ratos de buen humor, habían roto las narices de un pelotazo.

Colocósele por entonces en el dormitorio de la niña, aunque notándose en él, á poco tiempo, cierta virtud chinchorrera, pasó á un corredor, donde le hacían alegre compañía dos jaulas de canarios y tres campanillas.

La visita de reconocimiento de casas para los alojados franceses recorría las inmediatas; y en una junta extraordinaria, tenida entre toda la vecindad, se resolvió disponer las casas de modo que no apareciera á la vista sino la mitad de la habitación, con objeto de quedar libres de alojados. Dicho y hecho; delante de una puerta que daba paso á varias habitaciones independientes, se dispuso un altar muy adornado, y con el fin de tapar una ventana que caía encima... «¿qué pondremos? ¿Qué no pondremos?» — El retrato. — Llega la visita, recorre las habitaciones, y sobre la mesa del altar ya daba el secretario por libre la casa, cuando ¡oh desgracia!... un maldito gato que se había quedado en las

habitaciones ocultas, salta á la ventana, da un maído, y cae el retrato, no sin descalabro del secretario, que, enfurecido, tomó posesión, á nombre del Emperador, de aquella tierra incógnita, destinando á ella un coronel con cuatro asistentes.

Asendereado y mal trecho yacía el pobre retrato, maldecido de los de su casa y escarnecido de los asistentes, que se entretenían, cuando en ponerle bigotes, cuando en plantarle anteojos, y cuando en quitarle el marco para dar pábulo á la chimenea.

En 1815 volví yo á ver la familia, y estaba el retrato en tal estado en el recibimiento de la casa; el hijo había muerto en la batalla de Talavera; la madre era también difunta, y su segundo esposo trataba de casar á su hija. Verificóse esto á poco tiempo, y en el reparto de muebles que se hizo en aquella sazón, tocó el retrato á una antigua ama de llaves, á quién ya por su edad fué preciso jubilar. Esta tal tenía un hijo que había asistido seis meses á la Academia de San Fernando, y se tenía por otro Rafael, con lo cual se propuso limpiar y restaurar el cuadro. Este muchacho, muerta su madre, sentó plaza y no volví á saber más de él.

Diez y seis años eran pasados cuando volví á Madrid el último. No encontré ya mis amigos, mis costumbres, mis placeres, pero en cambio encontré más *elegancia*, más *ciencia*, más *buena fe*, más *alegría*, más *dinero*, y más *moral pública*. No pude dejar de convenir en que estamos en el siglo de las luces. Pero como yo casi no veo ya, sigo aquella regla de que al ciego el candil le sobra; y así que, abandonando los refinados establecimientos, los grandes almacenes, los famosos paseos, busqué en los rincones ocultos los restos de nuestra antigüedad, y por fortuna acerté á encontrar alguna botillería en que beber á la luz de un candilón; algunos calesines en que ir á los toros; algunas buenas tiendas en la calle de Postas; algunas cómodas escaleras de la Plaza, y sobre todo, un Teatro de la Cruz que no pasa día por él. Finalmente, cuando me hallé en mi centro, fué cuando llegaron las ferias. No las hallé, en verdad, en la famosa plazuela de la Cebada, pero en las demás calles el espectáculo era el mismo. Aquella agradable variedad de sillas desvencijadas, tinajas sin suelo, linternas sin cristal, santos sin cabeza, libros sin portada; aquella perfecta igualdad en que yacen por los suelos la obras de Loke, Bertoldo, Fenelón, Valladares, Metastasio, Cervantes y Belarmino; aquella inteligencia admirable con que una pintura del de Orbaneja cubre un cuadro de Rivera ó de Murillo; aquel surtido general, metódico y completo de todo lo útil y necesario, no pudo menos de reproducir en mí las agradables ideas de mi juventud.

Abismado en ellas subía por la calle de San Dámaso á la de Embajadores, cuando á la puerta de una tienda, y entre varios retazos de paño de varios colores, creí divisar un retrato cuyo semblante no me era desconocido. Limpio mis anteojos, aparto los retales,

LIONEL ROYER



La víspera de Patay

tiro un velón y dos lavativas que yacían inmediatas, cojo el cuadro, miro de cerca... «¡Oh Dios mío! exclamé: ¿y es aquí donde debía yo encontrar á mi amigo?»

Con efecto, era él, era el cuadro del baile, el cuadro del seminario, de los alojados y del ama de llaves; la imagen, en fin, de mi amigo. No pude contener mis lágrimas, pero tratando de disimularlas, pregunté cuánto valía el cuadro.—«Lo que usted guste»,—contestó la vieja que me lo vendía; insté á que le pusiera precio, y por último me le dió en *dos pesetas*; informéme entonces de dónde había habido aquel cuadro, y me contestó que hacia años que un soldado se lo trajo á empeñar prometiéndole volver en breve á rescatarlo, pues, según decía, pensaba hacer su fortuna con el tal retrato, reformándole la nariz y poniéndole grandes patillas, con lo cual quedaba muy parecido á un personaje á quien se lo iba á regalar; pero que habiendo pasado tanto tiempo sin parecer el soldado, no tenía escrúpulo en venderlo. tanto más, cuanto que hacia seis años que salía á las ferias, y nadie se había acercado á él; añadiéndome que ya le hubiera tirado, á no ser porque le solía servir, cuando para tapar la tinaja y cuando para aventar el brasero.

Cargué, al oír esto, precipitadamente con mi cuadro, y no paré hasta dejarle en mi casa seguro de nuevas profanaciones y aventuras. Sin embargo, ¿quién me asegura que no las tendrá? Yo soy viejo, muy viejo, y muerto yo, ¿qué vendrá á ser de mi buen amigo? ¿Volverá séptima vez á las ferias? ¿ó acaso alterado en su gesto tornará de nuevo á autorizar una sala? ¡Cuántos retratos habrá en este caso! En cuanto á mí, escarmentado con lo que ví en éste, me felicito más y más de no haber pensado en dejar á la posteridad mi retrato: ¿para qué? para presidir á un baile, para excitar suspiros, para habitar entre mapas, canarios y campanillas; para sufrir golpes de pelota; para criar chinches; para tapar ventanas; para ser embigotado y restaurado después, empeñado y manoseado, y vendido en las ferias por *dos pesetas*.

MESONERO ROMANOS.

Cantares

A la puerta de tu casa
he de poner un letrero
que diga de esta manera:
«Por aquí se sube al cielo.»

Me distes agua á beber
en la cuenca de tus manos;
á mieles me supo el agua,
á gloria me supo el vaso.

Yo pensé que con el tiempo
mis penas se acabarían,
y veo van en aumento
como las horas del día.

Tanto es lo que te he querido
y tanto es lo que te quiero,
que por tu cariño diera,
serrana, lo que no tengo.

RAMÓN CABALLERO.

M. FORTUNY



La vicaría



Los locos

Crimen libre

Los tres que nos encontrábamos reunidos en el saloncito de confianza del Casino de la Amistad, nos habíamos propuesto aquella tarde arreglar el Código y reformar la legislación penal con arreglo á nuestro personal criterio. Lo malo era que ni con ser tan pocos estábamos conformes. Al contrario, teníamos cada cual su opinión, inconciliable con las restantes; por lo cual la disputa amenazaba durar hasta la consumación de los siglos.

Tratábase de un juicio por jurado, en que una parricida había salido absuelta: así como suena, absuelta libremente, echada á pasearse por el mundo «con las manos teñidas en sangre de su esposo», exclamaba el joven letrado Arturito Cãñamo, alias *Siete patibulos*, el acérrimo partidario y apologista de la pena de muerte bajo todas sus formas y aspectos. La indignación del abogado contrastaba con la excéptica indulgencia de Mauro Pareja, solterón benévolo por egoísmo, que todo lo encontraba natural y á todo le buscaba alguna explicación benigna, hasta á las enormidades mayores. «Sabe Dios—decía Mauro—las jugarretas que ese esposo le haría en vida á su amable esposa... Los hay más brutos que un cerrojo, créalo V., y más malos que la quina, y el santo de los santos pierde la llave de paciencia, y agarra lo primero que encuentra por delante, y zás! Entre matrimonios indisolubles, existe á lo mejor eso que puede llamarse *odio de compañeros de grillete*... El Jurado habrá visto muchas atenuantes, cuando absolvió á la mujer.» «Perfectamente—refunfuñaba Cãñamo, cuyo bigotillo temblaba de biliosa cólera.—Ya sabemos lo que son Jurados. En tocando la cuerda de la sensibilidad, capaces de echar á la calle al mismo Sacamantecas. A ese paso, la seguridad, la vida de los ciudadanos llegarán á depender del capricho de unos cuantos ignorantes, que ni han saludado el Código. Ahí tiene V. las consecuencias funestas... ¡sí, funestas, no me desdigo! de las lecturas perniciosas, de las nocivas teorías de *Mosíé Lucas*...» Este *Mosíé Lucas* es un abolicionista anterior al año 30, y de quien no se acuerda nadie en el mundo sino Arturito Cãñamo, para impugnarle una vez por semana en el Casino de Marineda. «Pero hombre—arguyó Pareja—V. cree que los Jurados han leído á ese *Mosíé*? Ni nada; ni los magistrados tampoco, si V. me apura... Para leer estaban ellos... Lo que hay es que á veces... qué demonio! los que parecen crímenes no son, bien miradas las circunstancias, sino delitos... y yo, Jurado, probablemente absuelvo también á la mujer...» «V., Jurado, desorganizaría la Sociedad más aún de lo que está...» «Pues Dios nos libre de V. magistrado, que es capaz de ahorcar al Nuncio...» «Y tanto como le ahorco si el Nuncio delinque...»

Cuando la gresca llegaba á enzarzarse mucho, yo intervenía prudentemente para templar los ánimos, adoptando la estrategia de dar la razón á todos, con lo cual lograba no dejar contento á ninguno. «Señores, realmente eso de que una mujer escabeche á su marido y el tribunal la mande á la calle... fuertecito es. Con algunos años de presidio...» «Presidio!—gritaba Cádiz—la casi impunidad! Un fantasma de vindicta pública! Hipocresía y desmoralización!» «Presidio!—exclamaba Mauro—cuando regularmente quien merecería el presidio sería el difunto!» Y ande la marimorena.

Mientras ellos se peleaban, me asaltó con lúcida precisión un recuerdo. «A ver si les pongo en apuro y doy nueva dirección á sus ideas», pensé, mientras humedecía un terrón de azúcar en *Kummel*, y me lo chupaba con golosina. «¿No les parece á ustedes—pregunté en alta voz—que por muy lista que supongamos á la policía y muy rigurosos y sagaces que sean los jueces, siempre habrá más crímenes impunes que descubiertos y castigados? ¿No les parece también que existe una orden de crímenes que no puede estimar como tales la ley, y sin embargo revelan en su autor más perversidad, más ausencia de sentido moral que ninguna de las acciones penadas por el Código?» Arturito me miró con sus ojos blanquecinos y turbios, que parecían los de un pez cocido, acabado de salir de la besuguera: Pareja sonrió como si medio entendiese. «Quieren un ejemplo?—añadí,—pues se lo voy á dar, refiriéndoles un caso que presencié años hace.» Arturito dijo *que sí* con la cabeza; el sibarita de Mauro encendió un puro con sortija, y yo principié:

—«Era un invierno de esos de prueba que saltan á veces en Madrid. Nunca he visto días de sol más claro y brillante, ni cielo azul más limpio: aquello era un trozo de raso turquí: de noche, las estrellas resplandecían lo mismo que diamantes; hacía un lunar soberbio; todo era hermoso, pero con un frío... vamos, un frío de los que cuajan la sangre y hielan en el aire las palabras. Por la mañana perdía uno lo menos hora y media, deliberando si echaría ó no la pierna fuera, intimidado ante la perspectiva del cuarto de la posada, en cuya atmósfera ya no quedaban ni rastros del braserito de la víspera, por el terror del lavatorio en agua casi sólida, por la inevitable salida á la nevera de los pasillos ó al comedor donde tampoco reinaría la más dulce temperatura... y á veces acababa uno por seguir los malos consejos de la pereza, dar al diablo el hato y el garabato, y quedarse entre sábanas, en el cariñoso nido del hoyo del colchón, leyendo algún libro sin sacar fuera más que la punta de los dedos, porque la mano entera se volvería sorbete.

»Sólo que esta debilidad de pasarse la mañanita en las ociosas plumas se pagaba cara después. Como al fin y al cabo no había más remedio que levantarse, lo ejecutábamos á mediodía, y no lográbamos ya entrar en reacción. El aseo se hacía de mala gana y de un modo incompleto: salía uno á la calle forrado en cobre, con el gabán ruso que aquel año principió á estilarse, y al poner el pie en el umbral, al recibir el primer látigazo sutil de aquel cierzo afilado como navaja barbera, se le encogía el espíritu, se le ponía la carne de gallina, se le secaban los labios igual que al contacto de un hierro candente, y no tenía fuerzas sino para sepultarse en un café, aguardando la hora de volverse á casa, para arrimar las narices al vaho caliente del cocido. Salida de la atmósfera viciada á la Siberia exterior: romadizo, trancazo ó bronquitis segura...

»Ya verán ustedes, ya verán como esto del frío tiene mucho que ver con lo del crimen. Si no les hago á ustedes comprender la inclemencia del invierno aquel, que

ECHTLER



Un beso

ha dejado memoria, no comprenderían el alcance de lo que sigue. Conque revistanse de cachaza.

—Bueno: ya nos hemos convencido de que hacía mucho frío... pero muchísimo!—exclamó Pareja.—Venga la historia.

—»A eso vamos inmediatamente...—respondí yo con firme propósito de no suprimir ni un toque de mi *efecto de país nevado*.—Ya se figurarán ustedes que con la temperatura boreal que aguantábamos, no estaríamos sin nieves. Las primeras vinieron hacia Noche Buena, pero á mediados de Enero arreciaron en tales términos, que los puertos se cerraron completamente, y como entonces no se había terminado la línea férrea, estuve más de diez días incomunicado con mi familia y mi país. En cambio tuve el gusto de ver á Madrid muy pintoresco, sobre todo los paseos, como si los hubiesen empolvoreado de azúcar molido, á ciertas horas del día: á otras, como si los árboles se hubieran vuelto de cristal, de cristal claro y purísimo. La nevada tuvo también para mí la ventaja higiénica de arrancarme á mis perezosas costumbres y obligarme á saltar de la cama á primera hora, con objeto de ver, hoy los Reyes de la plaza de Oriente con barbas blancas y flecos y encajes de nieve en los tahalies y los mantos, mañana la bonita fuente de la Red de San Luís toda cuajada de estalactitas, al otro día la de Antón Martín convertida en garapiñera...

—Y á todo esto, el crimen?—preguntó Pareja socarronamente.

—»Ya voy... He dicho que los preámbulos son indispensables! La nieve tiene mucho que ver con el crimen.—Sepan ustedes que más que las fuentes y las estatuas, me cautivó el espectáculo del Retiro. ¡Aquello sí que merecía la madrugona! Los árboles de hoja perenne, sobre todo los pinos, eran pirámides blancas salpicadas de polvo de diamante: los que se hallaban despojados de hoja tenían, sobre la pureza de la atmósfera, un brillo raro; parecían de vidrio hilado de Venecia... No íbamos sólo por gozar este espectáculo bonito y grandioso á la vez: lo que más nos atraía era ver patinar en el estanque, que enteramente congelado, semejava inmensa placa de vidrio verdoso.»

Aquí me detuve un instante, mojé otro terrón en la copa de Kummel, lo saboreé, y viendo impaciente al auditorio, proseguí sin pararme ya en tantas menudencias.

LANDELLE



Campesina

«No estaba por entonces tan extendida como ahora la costumbre de patinar, y no siempre había valientes que se prestasen á calzarse los patines y á describir curvas sobre la superficie lisa. Apenas se ablandaba unas mijajas la atmósfera, el temor de que se hubiese adelgazado ó resquebrajado la capa de hielo retraía á los aficionados á ese género de *sport* impropio de nuestros climas, y los mirones nos quedábamos chasqueados, contemplándonos los unos á los otros por vía de compensación.

»Sin embargo, á uno de los susodichos mirones se le ocurrió una idea sumamente divertida, que podía ayudar á entretener el tiempo mientras no llegaban los patinadores formales. Sacaba del bolsillo calderilla, y la arrojaba á granel á la superficie del estanque, lo más desparramada y lo más lejos posible. Inmediatamente una horda de pilluelos se precipitaba á recoger las monedas, y teníamos una sesión grotesca de patinaje, de lo más cómico que ustedes pueden imaginar. Las culadas y las hociadas en el hielo de los chicos las coreábamos desde la orilla con risas inextinguibles, dichos y aplausos. De aquellos improvisados patinadorcillos, la mayor parte no llegaba á pescar los

cuartos, pero algunos iban adquiriendo singular destreza para evitar resbalones, y sacaban buena cosecha de *perros* grandes y chicos.

»Una mañana de esas de muchísimo bajo cero (porque los grados justos no los sé, y más quiero dejar dudoso el punto que dar una cifra equivocada), estábamos cebados bastante curiosos en la diversión de lanzar las monedas y se deslizaban tras ellas más de veinte granujas, cuando de pronto se alza un comprimido rumor, uno de esos murmullos hondos de la multitud, que sobrecogida ante la inmensidad de una desdicha, no tiene fuerzas ni para gritar... Muchos preguntaban, se empujaban y no comprendían; pero yo ni preguntar necesité, porque *había visto*: había visto romperse la superficie del hielo, como se estrella la luna de un espejo colosal, y desaparecer por la boca recién abierta á dos de los gurriatos que recogían calderilla... La multitud, lo repito, no gritó: á qué había de gritar en balde? Allí era inútil pedir socorro, y segura la muerte de los dos infelices chicos, sobrecogidos por el frío mortal del agua, sujetos por una losa de plomo transparente á su líquida tumba... Ni un rumor, ni un eco, ni un quejido venían de la sima que acababa de tragarse á los muchachos...

«De repente, se destaca de entre la multitud un hombre, un mozo como de unos veinte años de edad, delgadillo, pálido, resuelto; sin falso pudor se quita la chaqueta y el chaleco, se desabrocha los pantalones... Cobardes, aplastados por la hermosura de la acción, transidos al verle desnudarse en aquella atmósfera glacial, le dejamos hacer... La verdad es que todo ello fué, como suele decirse, ni visto ni oído. Aun no estábamos convencidos de que se arrojaría, cuando se arrojó, mejor dicho, se enhebró por la rotura del hielo. Pasaron dos minutos, pasaron tres... ó quizá no fuesen minutos, sino segundos, que á nosotros nos parecían horas... y por la grieta ensanchada ya, de degolladoras márgenes, salió un brazo, otro brazo, un grupo informe... Era el salvador... con las dos criaturas.

—Vivas? preguntaron á la vez Cádiz y Pareja.

—»Viva una, y otra... tiosa ya; no fué posible reanimarla.—De todos modos, entonces sí que gritamos!—«Viva! Olé tu madre! Llevarlo en triunfo! Un beso le quiero dar!»—gritaba una mujer del pueblo, ronca, trémula de alegría y entusiasmo.—El pobre aclamado salvador, morado, chorreando, tiritaba y temblaba al sol, con las ropas interiores pegadas á las carnes.—«Quieren ustedes pasarme mi pantalón?»—fueron sus primeras palabras, inspiradas no sé si por el frío ó más bien por la vergüenza de verse así, medio en cueros y abrazado por la chusma.—Buscamos el pantalón... él sabía dónde lo había dejado... Pero buen pantalón te dé Dios! Ni chaqueta, ni chaleco con el reloj y los cuartos... Mientras él salvaba al niño, un ratero le escamoteaba su ropa.»

Callé, para apreciar el efecto de mi narración, y Arturito Cádiz me miró atónito, abriendo más sus vidriosas pupilas.

—Y dónde está el crimen?—preguntó al fin.—Porque yo ahí veo una acción humanitaria, digna de una recompensa del Gobierno.

—Cuál?—preguntó con sorna Pareja.—La de robar los pantalones al salvador del niño?

—Ah... Hablaba usted de eso?—interrogó el abogado.—Como decía usted que un crimen... y ese no pasa de un delito penado por el Código con unos meses de arresto, pues ni hay nocturnidad, ni escalamiento, ni fractura, ni ninguna de las agravantes...

EMILIA PARDO BAZÁN

J. BENNER



Alsaciana

Una apuesta

La travesía se verificaba en las mejores condiciones apetecibles; es decir, echando los higados los que se mareaban y aburriéndose soberanamente los demás. Porque hay que convenir en que veinte días de un tirón sobre el líquido elemento, son capaces de volver amarillo de ictericia á un negro cimarrón ó á un piel roja.

El pasaje era numeroso y el buque que lo conducía de San Francisco á Yokohama uno de los más bellos y potentes de la línea del Pacífico: *La ciudad de Toquio*. Pero aquél estaba compuesto en su mayoría de yankees y de ingleses, y ya sea por el carácter poco expansivo de éstos, ya por el antagonismo de ambas razas, es lo cierto que el viaje amenazaba ser lúgubre y monótono, á no dar la coincidencia de encontrarse á bordo un español, que contaminó á los demás con su alegría ingénita, dando vida á aquella necrópolis flotante.

Se llamaba García, era cojo y no levantaba del suelo más de cinco palmos; pero templado y valiente, hasta el extremo de haberse arrojado á dar la vuelta al mundo sin poseer más lengua que la suya nativa.

Por fortuna, había entre los pasajeros uno que poseía medianamente el castellano, y él se encargó de interpretar las agudezas de nuestro compatriota á los demás, cuya estimación por García aumentaba con cada rasgo de su ingenio.

Mr. Kock, que así se apellidaba el intérprete, tenía seis pies cumplidos de estatura, y las patillas, la calva y el abdomen peculiares del banquero inglés.

En cuanto García se presentaba sobre cubierta, se encontraba rodeado de un estado mayor ávido de recoger las primicias de un chiste suyo ó de leer el programa del día. Para cada ocasión tenía una ocurrencia.

Una noche oscura como boca de lobo se puso á pasear entre los circunstantes con un farol encendido colgado del sombrero.

—¿Para qué es esa luz?—le preguntaban.

—Para conseguir llegar al Japón; porque como soy tan pequeño, corro riesgo de que no me vean y me aplasten.

Bailaba como una peonza, á lo que no atribuía mérito alguno, pues decía que en el mero hecho de ser cojo, le bastaba andar para moverse á ritmo.

—El baile—añadía—no es más que la cojera en verso.

Para darle los buenos días á Mr. Kock se hacía llevar en brazos por otro. Él organizó todo género de diversiones, desde una corrida de toretes con las reses de á bordo, hasta unas carreras de animales que se verificaron atando las aves y el ganado de las provisiones del vapor con una cuerda, y haciendo que cada pasajero arrease al bicho de que se había encargado y tras del cual corría. García se llevó el premio, sobre ser cojo y haberle tocado en turno conducir un pavo.

Pero naturalmente, las gracias llegan á aburrir, sobre todo en el mar, donde alguna tiene que resultar mojada, y de aquí que próximos ya á llegar al Japón, existían dos bandos: uno que aplaudía incondicionalmente á García, y otro que lo vituperaba sin restricciones. Al frente del último se encontraba Mr. Kock, que, si bien guardando las formas de hombre bien educado, no cesaba de zaherir con cierta mordacidad á nuestro héroe con epigramas que no caían en saco roto.

Era el anochecer de uno de los últimos días de viaje, y allí en lontananza empezaban á dibujarse las costas del imperio del Sol, dominadas por el Fusiyama con su corona de nieve en la cabeza y el seno abrasado por el fuego del volcán.

Todos los pasajeros, de pechos sobre la borda, contemplaban el espectáculo henchidos de esperanza á la vista de la tierra, sin que nadie interrumpiese el silencio de aquel himno que cada cual *in pectore* entonaba á la realización de su deseo, cuando Mr. Kock se dejó decir:

—¡Admirable naturaleza! El arte no llegará nunca á igualar esta sublime armonía en las proporciones.

Los demás asintieron.

—¡Qué bien medido está todo!—prosiguió el inglés.

—Usted perdone—arguyó García una vez enterado de la cuestión y deseoso de contradecir á su antagonista.

—¡Cómo! ¿Sería usted capaz de poner defectos á la obra que todos reconocen perfecta?

—¡Pues qué duda cabe! La naturaleza se equivoca muchas veces; y en cuanto á que todo está bien medido, permítame usted que le diga que es materia muy cuestionable. En primer lugar, fíjese usted en nuestro ejemplo. A usted le ha otorgado una estatura

gigantesca y á mí me tiene reducido á no poder entablar coloquio más que con las rodillas de usted.

—Eso es una paradoja—replicó Mr. Kock amenizando su frase con una sonrisa emponzoñada;—porque tanto usted como yo guardamos en nuestras proporciones la armonía correspondiente á nuestro volumen.

—Si eso es llamarme enano—interrumpió García recogiendo la alusión—le advierto á usted que los españoles, por pequeños que sean, tienen siempre media vara enterrada en el suelo que saben sacar en los momentos decisivos.

—Usted la sacará por el lado izquierdo—repuso el inglés amostazado con la salida de

E. GARDNER



La fuga

tono;—porque lo que es el pie derecho no tiene el menor contacto con la tierra.

García iba á tomar arranque para de un salto propinarle un bofetón al insular; pero reflexionando que aquella tirantez no obedecía más que al *spleen* originado por tan larga navegación y á cierto abuso por su parte en la prodigalidad de sus farsas, se contuvo, y prefiriendo una revancha más en armonía con su manera de ser, dijo:

—Pues mire usted por dónde voy á probarle que la naturaleza no sabe medir, y que en cuestión de proporciones no hace más que disparatar.

Los pasajeros formaron corro.

—Usted—continuó—es un coloso y yo un pigmeo, y no obstante le apuesto á usted lo que guste á que desde la punta de mi nariz hasta la extremidad del dedo pulgar del pie derecho hay en mí mucha, mucha más distancia que en usted.

Mr. Kock le tendió una mirada despreciativa.

—Nada, nada, mantengo lo dicho y me juego el importe del pasaje.

Aquí la apuesta se hizo general entre los dos bandos opuestos.

—Como no tenga usted una uña siamesa que se recoja con horquillas como un rodete de mujer...

—Yo no ando con subterfugios y repito que desde la punta de mi nariz hasta el dedo gordo del pie derecho hay más trecho en mí que en usted.

—Apostado—vociferó el banquero á quien sus parciales no cesaban de hostigar.

Y descalzándose, se hizo medir por el comandante, interviniendo en la operación dos testigos neutros.

—¡Buena tirada!—murmuró García midiendo con la yarda el cordel de que se habían servido.—Cinco pies y siete pulgadas. Y acaso haya error, porque á usted hay que tomarle la altura con teodolito.

—Ahora veamos usted, quítese usted el zapato.

—No, es inútil. Me debe usted 200 pesos. Va usted á convencerse á la simple vista, ó sea calzado y todo. Porque... ¿Ve usted dónde tengo la nariz?

Y se tocaba la punta que los circunstantes observaban con estúpida curiosidad.

—¿Y bien?

—Pues nada, que el dedo gordo del pie derecho lo tengo... en un frasco de alcohol en el Museo Anatómico de Madrid.

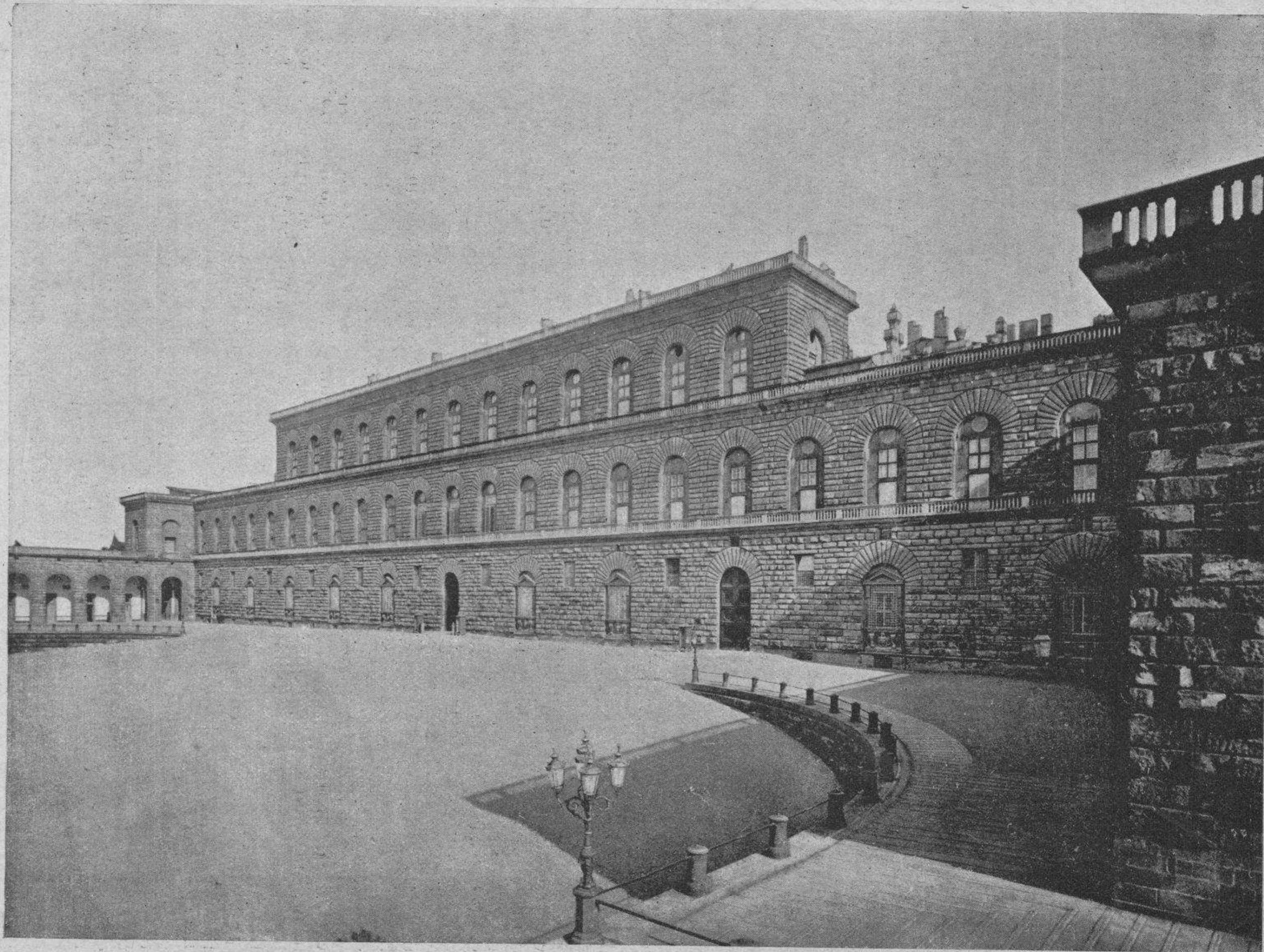
ÉNRIQUE GASPAR.

Nieve de estío

Copia fiel de tu belleza
Pediste ayer el espejo,
Que es el más puro reflejo
De la más noble franqueza,
Y siento de mi tristeza
Crecer los fieros enojos,
Porque para ver tus rojos
Labios y tu blanca frente,
No hay cristal más transparente
Que las niñas de mis ojos.
La luz, de copiarle ufana,
Dió al espejo sus destellos,
Y entre tus negros cabellos
Viste colgando una cana:
Fué entonces marfil la grana
Que el rostro á besarte mueve,
Y trémula, fiera, aleve
Rompiste el cabello cano,
Que era un cisne de verano
Envuelto en plumas de nieve.
Presa de terribles luchas,
Como agravio á tus hechizos,
Viste después en tus rizos
Otra cana y otras muchas,
Y triste en silencio escuchas
Cómo la razón proclama,
Que es el pensamiento llama
Que cuando más se enrojece,
Más el cabello emblanquece
Con el fuego que derrama.
Fijos en el claro espejo
Tus más claros todavía
Ojos, que causan al día
Rubores con su reflejo,
Las blancas hebras del viejo
Cabello en su edad lozana
Arrancaste, y la galana
Luz de tu mirada, al verlas,
Fué luz que disuelta en perlas
Bajó á besar cada cana.
Un rizo blanco me envías,
De tus letras adoradas
Envuelto en las desmayadas
Misteriosas melodías;
Y en tus congostas sombrías
Pienso al ver tus canas bellas;
De unas y otras te querellas,
Unas son la noche oscura
Que nubla tu frente pura.
Las otras son sus estrellas.

Con odio á torpes amaños,
Y venciendo tu altivez,
Me has mostrado la vejez
Que agobia á tus ventidós años
Y sin temer desengaños,
Ni temer fieros desdenes,
Déjame besar tus sienas;
Vano fuera tu temor
Cuando sé que son de amor
Todas las canas que tienes.
Cuando en tí regocijado,
Forma mis dulces antojos
Llevar el alma en los ojos
Para verte enamorado;
Cuando en mi pecho ha formado
Tu alma su caliente nido,
Y tiene allí por sentido
Ruiñón que la corteja
El amor que en mí se queja
Receloso del olvido.
Cuando al verte sólo veo
Que eres claridad del día,
Romántica fantasía
De espiritual devaneo;
Llama de febril deseo;
Ave en el árbol, que el río
Copia en su cristal bravío
Querrellándose de amor,
Madreselva cuya flor
Por galán tiene el rocío.
Noche de las estrelladas,
Noches en que los rosales
Forman los lechos nupciales
De los siltos y las hadas;
Raudal que en despedazadas
Hebras de cristal undoso
Errante baja, impetuoso,
De los empinados riscos
Y entre los verdes lentiscos
Va rodando rumoroso.
Queden tus negros cabellos
Ciñendo tu faz morena,
Y el negro ángel de la pena
Quede aprisionado en ellos;
El rizo de los más bellos
Que fueron nieve de estío,
Guardo yo en el pecho mío
Viendo tus congostas grandes;
Hay siempre nieve en los Andes
Y espuma en el mar bravío,

AGUSTÍN F. CUENCA.



FLORENCIA.—Real Palacio Pitti (Brunelleschi y otros arquitectos)

Muertos de sed

(FANTASÍA MILITAR)

Nos brinda descanso
la verde sabana...
Rudo fué el empuje,
largas las etapas
y las bayonetas
van ensangrentadas
y el ánimo triste,
secas las gargantas.
¡Diez horas de fuego
sin probar el agua!

Adelante, amigos;
ya despunta el alba
y el cielo cubano
se viste de nácar
y los pajarillos
cantan la diana
y en el horizonte
se ve una palabra
con signos de fuego
que dice: «¡Esperanza!»

Tras aquellas lomas,
en la encrucijada,
se ve una carreta
que lleva á la zaga
la caballería...

¡Ojo la vanguardia!
Preparen los *Mauser*
y que viva España.
¡A morir matando
y á olvidar el agua!

¡Bien por los soldados
honra de la Patria!
Nuestra es la carreta.
¿Qué va en ella? ¡¡Agua!!
Un bocoy preñado,
porque por su falta
sucumben cien hombres
heridos de balas
que nuestros fusiles
ayer vomitaban.

—¡Alto, miserables,
no toquéis al agua!
Beban los que heristeis
en leal batalla.
Guajiro, adelante;
tus bueyes arrastra.
Soldados, de frente,
preparad las armas...
¡Vamos á esos pobres
á llevarles agua!

JOSÉ MUÑIZ DE QUEVEDO.

La cuerda...

Á MI APRECIABLE AMIGO C. RUBIO

Iban atados unos con otros, formando inmenso rosario.

Eran presos, y venían de los pueblos comarcanos, por jornadas á pie, junto á la guardia civil, sin duda á embarcarse para los distintos puntos donde habían de cumplir condena.

Iban todos mal vestidos, con los sucios y desarrapados chaquetones al hombro; y á no ver las ligaduras que les sujetaban, hubiéraseles creído segadores ó alguna de tantas cuadrillas de bohemios como con frecuencia aparecen en la corte, errantes y hambrientos.

Los había de aspecto simpático, de repulsiva facha, y otros cuyos rostros, por lo vulgar de las facciones ó la simplicidad en ellos retratada, no daban lugar á sensación alguna en pro ó en contra de su desgraciado poseedor.

Fatigados y sudorosos por la excesiva caminata, marchaban apretados, confundiéndose unos con otros, como queriéndose así ayudar é imponerse á los fatigados miembros.

A menudo me ha ocurrido ya tener que llamar al orden á mi fogoso corazón, que llevado de sus instintos soñadores, y dado á ver en todo un *más allá*, un *algo* misterioso que lo subyuga y anega, y del que se me figura tienen su parte, por pequeña que sea, todos los corazones, se ha dejado impresionar muchas veces, á pesar mío, ante la cosa más natural del mundo.

Aquella vez, pues, como la mayor parte de ellas, no pude sustraerme á la extraña impresión que mi espíritu sentía á la vista de aquella gente y pronto quedé sumido en los más téticos y extravagantes pensamientos.

Horrorosos cuadros representando mutilados cadáveres llenos de sangre, aún humeante, iban desfilando ante mi atónito espíritu; por donde quiera que dirigía la vista, facas, puñales ensangrentados, cuyas hojas mohosas y desportilladas me figuraba ver hundir con mano dura en las carnes de la víctima; y como final, claras y distintas como misteriosas apariciones surgidas de las sombras, á una señal de invisible y mágico geniecillo, el birrete severo de la justicia y la soga del ahorcado...

De pronto, un ligero estremecimiento vino á sacarme de aquellas lúgubres meditaciones y una sensación de frío recorrió de pies á cabeza todo mi cuerpo.

Y ¡lo que son las preocupaciones!... al rozarme con su manga uno de aquellos infelices me pareció que había dejado en mi mano una manchita de sangre...

E. DIAZ INFANTE.

El frío de mi hogar

Era Rosario Vaamonde una señorita con su miajita de chula, por naturaleza. No le gustaban las chulerías; ante todo quería aparecer fina, delicada; pero ¡cualquiera cambia los andares y las actitudes y el calor de los ojos!

La conocí un día al salir de misa de las Calatravas. Andaba despacio sin fijarse en nadie. En cambio, el grupo de jóvenes que estábamos en la puerta de la iglesia, seguíamos con los ojos á la salada Rosario, que estaba pidiendo con su garboso talle, un mantón de Manila, con su abundante cabellera negra, un rojo manojo de claveles y con sus blancos y afilados dedos, un abanico de los que se gastan las *jembras* de España.

Averigüé donde vivía. Fui presentado, y dos meses más tarde veía diariamente á la hermosa niña que conocí al salir de las Calatravas.

Rosario vivía con su madre, viuda de un capitán de infantería y con una hermana menor llamada Consuelo, ciega de nacimiento. Al ver á Consuelo, sentí la compasión que suspira la desgracia. Mas pronto se convirtió mi lástima en indiferencia y luego en desdén porque frecuentemente se ponía Consuelo al lado de Rosario ó escuchaba desde cierta distancia como si espicara nuestra conversación. Yo no estaba tranquilo, no podía decir con franqueza lo que sentía ante la figura de mi linda muchacha. Lo conoció ésta y se lo advirtió á la ciega.

Miserable de mí, ojalá hubiera callado. Al día siguiente de la advertencia me dijo Rosario:

—¡Pobre Consuelo! No puedes imaginarte lo que te quiere. ¡Ha llorado más cuando ha sabido que estabas enfadado!

—Tiene razón, la pobrecilla merece que se la quiera, es muy buena. Dispensa Rosario, ya hablaré con ella. Es que los hombres somos á lo mejor muy majaderos. ¡Pobre ciega! díla que venga.

Entró la infeliz Consuelo y se acercó á nosotros con visible timidez.

—Vamos, acércate, siéntate á nuestro lado. Qué, ¿ya no nos quieres? Acaso estás enfadada?

La pobre ciega temblaba.

—No, es que no me atrevía... como Rosario me dijo...

—Vaya, deja á Rosario con sus tonterías. Esta, cuando no sabe que hacer se entretiene en gastar bromas así. No, Consuelo, no estoy ofendido. Te quiero mucho; ven á nuestro lado, distráete oyéndonos, y no hagas caso de Rosario que no sabe como divertirse. Pregúntame cuanto quieras, dime lo que se te antoje, ya sabes que te aprecio mucho.

La desgraciada sonreía de satisfacción y estuvo con nosotros toda la tarde.

Al día siguiente, Consuelo me estuvo esperando.

—¡Cuanto has tardado!—me dijo antes de saludarnos.

—Mujer si lo sé vengo antes. Después de todo, no es tarde.

—Oh, para nosotros siempre hay tiempo.

—¿Y para ti, no?

—Para mí, no. ¿Sabes que todos los días te espero? No lo sabes, ¿eh? Mira Ricardo, hay veces que quisiera morirme. No puedes imaginarte el daño que me hacen muchas personas que vienen aquí. Todas me dicen lo mismo: «Pobrecilla, que desgracia, tan joven y sin vista». Esa compasión me pone furiosa. Nadie se acuerda más que de mis ojos materiales sin pensar que puedo ver con los otros, con los del alma. Sólo tú, Ricardo me pones en el mundo que yo puedo comprender. Por eso te espero, por eso quiero estar á tu lado. Pero no te enfades, dime algo bonito, léeme, explícame... ¡Dios mío! ¿qué sería de mí si tú no vinieras? Cástate, anda, cástate luego con Rosario para vivir siempre con nosotros.

Esas palabras me hicieron llorar.

—Ven alma purísima,—le dije, estrechándola entre mis brazos.—Yo te juro que desde hoy habrá luz en esos ojos de tu cándido espíritu. Di, ¿qué quieres que te cuente? ¿Qué pide tu corazón? ¿Saber qué cosa es el amor, la elegancia, el arte, la moda, la amistad? Pues todo, todo lo sabrás.

Y desde luego empezaron mis conferencias con la infeliz Consuelo. Y de su alma fué gemela mi alma porque ni Rosario ni su madre pudieron entenderla. Dábanle mucho cariño pero no lo que ella necesitaba, luz, mucha luz.

Al cabo de algún tiempo me casé con Rosario. Más parecía que mi mujer era Consuelo á juzgar por la alegría que manifestaba la pobre ciega.

Más tarde cogía á mis hijos y los tocaba cuidadosamente para ver qué semejanzas te-

nían conmigo. Quería extraordinariamente á Julia, la mayor, sólo porque hablaba lo mismo que yo. Y en la enfermedad última que me duró seis meses, Consuelo, la pobre ciega, no se apartaba ni un momento de mi cama, tenían que hacerla salir Rosario y su madre.

Hace un año que ha muerto. Y en su agonía, delirando, aún me llamaba. No te vayas Ricardo. Me moriré si te vas. ¿No quieres que viva tu Consuelo?

Viven hoy mis hijos, mi mujer, mi madre... y sin embargo mi hogar está tan frío!

F. GIRALDOS ALBESA.



Miscelánea

En un cuarto desalquilado:

—¿Hay chinches en la casa?

—No, pero si el señorito quiere se pueden traer.

—❖—

Diálogo entre una madre muy hermosa y una hija muy discreta:

—¿Qué darías, hija, por tener mi belleza?

—Lo que tú darías por tener mi edad.

—❖—

En la concha de San Sebastián, el viejo general S., tuvo la osadía de declararse á la hermosísima vizcondesa de los A.

—¿Pero no echa usted de ver—le respondió ella—que ha sonado para usted la retaca?

—Sí, pero no la hora de apagar los fuegos—contestó el general atusándose el bigote.

—❖—

Nota de un álbum:

«En los diccionarios, felicidad es un sustantivo; en la vida, es un verbo que se conjuga en pretérito con el recuerdo, en futuro con la esperanza, pero que no tiene presente.»

—❖—

Uno de los *copurchics* más conocidos de la sociedad madrileña, que se pasa la vida entre placeres extenuantes, llega el otro día al casino, pálido, ojeroso y pudiendo apenas sostenerse.

—¡Siento—exclama—una debilidad tan grande!

—Amigo mío,—le dice con benevolencia el conde X.—usted tiene verdadera necesidad de descanso: ¿por qué no emprende usted algún trabajo?

—❖—

—¿Qué tal carácter tiene tu marido?—pregunta á una señora casada una indiscreta amiga.

—Muy igual, ¡siempre insoportable!

—Vamos, confíesame: ¿cuántos novios has tenido?

—Si me guardas el secreto... pues, bueno, he tenido tres.

—Tres; seguramente ha debido faltarte tiempo para tantos, ¿no hace dos meses que saliste de colegio?

—Sí, pero he tenido los tres novios á la vez.

Importante

Carísimos lectores, ya conocerán ustedes un refrán que dice: «El hombre propone y Dios dispone»; pues bien, este refrán se nos puede aplicar á nosotros en la presente ocasión. Y aunque no ha sido precisamente Dios, sino todo lo contrario, quien ha dispuesto las cosas de distinto modo que teníamos dispuesto, el caso es que no podemos llevar á cabo para primeros de año todas las reformas que deseábamos introducir en LA SAETA.

El retraso de una casa extranjera en cumplir sus compromisos y otras dificultades hijas todas de la premura del tiempo, nos impiden comenzar el año con las deseadas reformas.

Pero todo se andará, Dios mediante.

Por de pronto, LA SAETA no sufrirá alteración ninguna en el precio y seguirá, como hasta aquí, vendiéndose al precio de

15 céntimos en toda España

y el número de año nuevo, perteneciente al día 7 de Enero próximo, que será **EXTRAORDINARIO**, valdrá

30 céntimos

en vez de cuarenta como teníamos anunciado.

De todos modos, LA SAETA saldrá desde hoy con importantes mejoras en el texto y la parte ilustrada.

Escribirá *Clarín* y otros literatos de nota y dibujarán nuestros primeros artistas.

Esperamos que el público sabrá apreciar nuestros sacrificios y nuestros esfuerzos y apreciará las importantes mejoras introducidas en LA SAETA.